

«examinar por personas doctas y piadosas, le hemos condenado, «y condenamos por las presentes, como injurioso y calumniador, así como por contener numerosas mentiras é imposturas.»

La venganza ofrecida á los Jansenistas por su cómplice político no era tan completa como ellos hubieran deseado. Sin embargo, este fallo pastoral debía leerse en todas las iglesias de Paris, y esto fue precisamente á lo que se negaron los curas mas célebres por su ciencia y piedad. «De este número eran, segun refiere Faillon en la *Vida del cura de San Sulpicio*¹, los señores Chapelas, Olier y Abelly, á quienes acusaron después, y es muy verosímil la conjetura, de haber gestionado de concierto con el «Dr. Hallier y los Jesuitas, para impedir que el Arzobispo diese esta censura, ó al menos obtener que no fuese publicada. «Compelidos no obstante por los superiores mandatos de su prelado, pasaron á publicarla, mas no sin añadir que no se entendiese por esto que el Arzobispo condenaba los principios emitidos en el *Jansenismo confundido*, sino que su ánimo se habia limitado á tomar la defensa de las religiosas de Port-Royal, de las «que se hablaba en aquel escrito.»

Con unos adversarios como los primeros discípulos de Jansenio, dispuestos siempre al combate, y no pudiendo ver el triunfo de sus ideas sino á través de esas luchas incesantes, un acto semejante ofrecia bastante materia, aun á pesar de sus reticencias, para continuar la guerra contra los Jesuitas. En este caso como en todos los otros, las formas podian mas que el fondo de la cuestion. Creyéronse dispensados los contrarios de contestar á las demostraciones del P. Brisacier, y no querian ver en su obra sino los pasajes en que la vehemencia teológica se envolvía desgraciadamente en la hiel de la sátira, y tomaba la verdad el acento de la cólera. Los Jansenistas, que no eran por cierto mas templados que Brisacier, se indignaron y continuaron sus ataques. Habian triunfado en Paris, y se disponian á prepararse en Roma una victoria menos fácil, aunque mucho mas decisiva. La asamblea general del clero habia sometido al dictámen de la Santa Sede las cinco proposiciones. Los Jansenistas diputaron á Roma á Luis de Saint-Amour, Natal de La Lane y Desmares, en nombre de los once obispos, únicos que habian rehusado asociarse á la censura que pronunciaba la Iglesia galicana. Entre tanto Vicente de Paul,

¹ *Vida de Mr. Olier*, tomo II, pág. 183 (nota 7.^a del libro IX).

el P. Dinet, confesor del jóven monarca, y Olier, que no querian quedar atrás, comisionaron á los DD. Loisel, Hallier y Légaull que tuvieron el encargo de representar al clero francés en las discusiones que iban á abrirse cerca de la Santa Sede, y acompañándolos el P. Brisacier como mandatario de los Jesuitas de Paris.

No ignoraban los sectarios que siempre les resultaria una ventaja de eternizar los debates, y de cambiar de la noche á la mañana el terreno de su polémica: es verdad que tenian que luchar contra Roma y contra la Iglesia de Francia. La Compañía de Jesús, la Sorbona, y la casi unanimidad del episcopado y doctores de las sociedades religiosas eran abiertamente hostiles á las innovaciones que predicaban aquellos; pero el esplendor literario que cubria su nombre, y aquella tenacidad que un orgullo de secta hace concebir á hombres aislados, menos grandes aun por el talento que por una obstinada resistencia al poder establecido, todo esto debia provocar en los Jansenistas una alta idea de su posicion. Por otro lado, las medidas de lenidad empleadas por la Santa Sede, y la vivacidad con que se desplegaba la teología de los Jesuitas persuadian á los novadores que su prestigio debia acrecentarse cada vez mas, y que aquellas reuniones solemnes á las que eran llamados á discutir sus principios vendrian á tener un eco y una celebridad muy en provecho de su causa, pues el ruido y el boato eran para ellos una necesidad. Sirviéndose Luis de Saint-Amour en Roma con una destreza páfida de las mismas armas que ponía la Iglesia á su disposición, en su diario explicó á su antojo todas las circunstancias, desnaturalizó los caracteres, calumnió á los sugetos, y tuvo el suficiente descaro para dejar aparte la intervencion de Vicente de Paul, Olier, y de la casi unanimidad del clero francés. Dirigíase todo su encono contra los Jesuitas: estos eran para él, así como para todos los partidarios de Jansenio, la muralla que era preciso demoler; y proponiéndose penetrar á toda costa en el corazon de la Silla apostólica, pusieron en juego todos los artificios imaginables; pero la Iglesia no tardó en ver el lazo que la tendian. Las conferencias habian empezado el 12 de abril de 1651, y el 31 de mayo de 1652, después de haberse hecho dar cuenta de ellas el papa Inocencio X, y de haber examinado por sí mismo las cinco proposiciones, declaró por una bula, que efectivamente se halla-

ban contenidas en el *Augustinus*, y que la Santa Sede las condenaba como heréticas.

A datar de esta fecha, el jansenismo que, en aquellas almas tan vigorosamente templadas, y que en aquellos ingenios que rebosaban en audacia literaria, no podía ser sino un error, se convirtió en un cisma. Tenian suficiente candor para humillar su cerviz á la decision de la autoridad pontificia; pero como su odio se dirigia mas bien contra la Compañía que contra la Iglesia universal; una vez que esta los condenaba, su vulnerado orgullo les persuadió que tal vez los Jesuitas iban á vanagloriarse de su triunfo. Para no verse humillados bajo aquella ovacion hipotética, que anonadaba los ensueños de vanidad acariciados por tanto tiempo, hicieron servir su turbulenta inteligencia al servicio de una envidia de momento.

Los Padres de la Compañía no habian querido tomar parte alguna en las agitaciones y disturbios que desde la Fronde se diseminaban por todo el reino: adoptados, favorecidos y apreciados por la Francia entera, tenian cosas mas útiles que emprender, y concepciones mas felices que llevar á cabo. La Fronde no era mas que una reunion sediciosa de mujeres coquetamente políticas, y de príncipes que aspiraban á la vez á los honores de la popularidad y al beneficio algo mas real del poder. Los Jesuitas permanecieron ajenos á este altercado: no pertenecian á Mazarini ni al Coadjutor, así como tampoco escudaban la gravedad de su ministerio bajo las inconstancias de la duquesa de Longueville, ó bajo las belicosas pasiones de la gran Señorita.

Empero los Jansenistas no quisieron resignarse á esta discrecion: habíanse lanzado á la palestra en compañía del cardenal de Retz, y continuaron la guerra por su cuenta, aun después del arresto y voluntaria expatriacion del Coadjutor, que conducia al extranjero su cinismo de costumbres, su desordenado lujo y sus bulliciosos placeres. En Paris, en los púlpitos y en los altares, los Jansenistas, á quienes habia colocado al frente de la administracion diocesana, hacian de Pablo Gondi el mártir de la autoridad episcopal; y después de ordenar plegarias públicas mas bien por su regreso que por su conversion, derramaban hipócritas lágrimas por los infortunios de un prelado, cuyos intereses habian abrazado por cálculo, y cuya depravada conducta tomaba alas con su austeridad por una miserable condescendencia. El Coad-

jutor, en los dias de su pujanza, se habia apoyado en los solitarios de Port-Royal; y cuando, errante por la Europa, no tuvo ya que luchar contra unos adversarios cuyo número no cesaban de aumentar los excesos de su disolucion, vióse á la madre Angélica salir garante de los escándalos del cardenal de Retz. Prodigaba este sus venales ternuras del mismo modo que su fortuna. Corrieron á su ayuda las religiosas de Port-Royal, y por espíritu de partido ¹ garantizaron torpezas, cuyo relato, por mas que fuese atenuado con púdicas palabras, las hubiera ruborizado. El pudor de estas mujeres se habia altamente indignado á la sola idea del vicio, y sin embargo, para representar hasta el fin el papel á que las consagraban las necesidades y oposicion del jansenismo, fueron precisas cerrar los ojos sobre algunos rumores que se divulgaban por todas las encrucijadas y callejuelas de Paris.

La intriga política se lanzaba en ayuda de la intriga religiosa. Dueños los Jansenistas de la diócesis de Paris, de la que el Coadjutor habia sido proclamado arzobispo por ellos, en despecho del Gobierno, después de la muerte de su tio, trataban de arruinar totalmente á la Compañía de Jesús. Merced á las escisiones que pesaban sobre el reino, se habian adjudicado un poder ilimitado que parecia consagrar la misma celebridad de sus talentos. El Papa habia condenado las cinco proposiciones extractadas del *Augustinus*, y por consiguiente no les quedaba otro medio que el de obedecer ó lanzarse en la herejía; pero no encontrando en sus corazones la suficiente humildad para someterse, ni bastante dosis de audacia para romper con la Iglesia, condenaron tambien á su vez las mencionadas proposiciones; pero declarando no hallarse contenidas en la obra del obispo de Ipres, y sosteniendo con una obstinacion mas científica que nunca la inocencia de sus doctrinas y la ortodoxia de sus partidarios. Para combatir á la Sociedad de Jesús con mayores ventajas, se colocaban en su mismo campamento; de manera que hasta la misma autoridad pontificia era impotente para arrojarlos de su posicion.

Singlin, Arnould, Lemaître, Nicole, Lancelot, Sacy, Domat, y demás jefes del jansenismo se unieron en el ataque, persiguiendo sin descanso á los Jesuitas, y con toda especie de armas. La causa de las cinco proposiciones tomaba incremento á medida que

¹ *Historia eclesiástica*, del abate Racine, tomo X. — *Historia de Port-Royal*, 1.^a parte.

se forjaban los folletos teológicos, pasando á convertirse en un negocio de Estado, y secundando los duques de Luyne y Liancourt el movimiento de los ánimos. Proyectando Arnauld desarrollarle con mas rapidez, en una carta dirigida á un duque y par de Francia arrojó el guante á sus antagonistas. Esto venia á ser sinónimo de reclamar la persecucion, cuya necesidad sentian los Jansenistas: la citada carta fue sometida al juicio de la Sorbona. Ocultóse al instante su autor, siguiéndole en su misterioso asilo sus colegas Nicole, Lemaître y Fontaine; la Sorbona, que obraba bajo la inspiracion del Dr. Seguier, declaró en 29 de enero de 1656 impías, escandalosas y heréticas las proposiciones sentadas por Antonio Arnauld.

Este hombre tan amigo de la controversia se habia separado del proceso, y no pretendia llevar sus quejas á los piés de un tribunal, aun el mas ilustrado del mundo, sino ante la opinion pública, que tan fácilmente se deja seducir por paradojas ó arrastrar por sagaces imposturas. Los Jesuitas eran del todo extraños á la Sorbona, y la universidad abrigaba hácia ellos un sentimiento de eterna rivalidad; sin embargo, esta vez habia tenido por conveniente asociarse á sus principios por medio de un decreto. Arnauld habia compuesto una apologia; pero, como sucede con harta frecuencia á los mas terribles polemistas, este escritor, cuya facundia era interminable cuando atacaba, se habia quedado en su defensa muy inferior á su talento, y aun á su misma energía. Sus amigos al leerle quedaron atónitos de semejante transformacion; y observando Arnauld aquella fria acogida, exclamó meneando su cabeza con cierto ademan de amargura: «Vosotros no aprobais mi obra; tambien yo confieso que no vale nada.» Al decir estas palabras, se vuelve hácia un solitario cuyas facciones enflaquecidas, cuyos ojos brillantes de febril energía, y cuya ancha frente circundada de unos hermosos cabellos flotantes habian hecho traicion mas de una vez á la inspiracion de su talento, y fijando en él su penetrante mirada, le interpeló de este modo: «Pero vos, que sois mas joven, deberíais hacer algo de vuestra parte.»

La excitacion no podia ser mas directa: Blas Pascal contestó á ella publicando la primera *Provincial*.

Empero Voltaire, que en materias de calumnia era buen conocedor, escribió estas palabras ¹: «Hablando de buena fe, ¿ debe-

¹ Cartas al P. Latour, año 1746.

cráse juzgar de la moral de los Jesuitas por la sátira de las *Cartas provinciales?*»

El conde de Maistre las ha dado el nombre de imposturas, y en sus *Veladas de San Petersburgo* ¹, dice: «Pascal, polémico superior, hasta el punto de tomar por diversion la calumnia.»

El vizeconde de Chateaubriand fulmina el mismo juicio en sus *Estudios históricos* ²: «Y sin embargo, exclama, Pascal es un genio calumniador, que nos ha legado en sus escritos una memoria eterna.»

El genio puede, hablando de otro genio, servirse de expresiones semejantes que pasan á ser juicios; pero la historia, que no debe abrigar entusiasmo ni cólera, no se contenta con una palabra poética arrancada á un sentimiento de justicia ó rivalidad. Solo á los talentos privilegiados es licito mostrarse crueles con la memoria de Pascal, así como es propio de los adversarios de la Compañía de Jesús el aceptar sin garantia las aserciones, cuyo órgano se hizo el autor de las *Provinciales*. Importa, pues, preservarse de la admiracion de unos, como de la acerba censura de otros, siendo preciso permanecer en una completa calma al hablar de un libro que de doscientos años á esta parte ha conservado siempre el secreto de exaltar las pasiones.

Pascal, hombre de una imaginacion vigorosa al par que de una ciencia profunda, y reuniendo en el mas alto grado la inteligencia que concibe y la facultad que perfecciona; escritor, á quien la fe inspiraba la sublimidad de ideas, habia ya lanzado al mundo literario torrentes de viva luz. Geómetra y filósofo al par que erudito y célebre prosista, habia consagrado á la defensa del cristianismo su maravillosa facilidad en comprenderlo y explicarlo todo. Hallaba su embeleso en aquel amor de la soledad y en aquellas doctrinas severas, predicadas con tanta elocuencia por hombres de talento. Su espíritu enfermizo no desplegaba fuerza alguna sino cuando daba un cuerpo á la energía de sus ideas: verdadero siempre en las ciencias exactas, y siempre admirable cuando, descendiendo de las alturas celestes, lanzaba una mirada sobre el mundo, se dejaba arrastrar á unas cóleras indignas de su genio, y á unas ilusiones que deslucian su gloria. Si la primera *Provincial* fue una obra modelo de aticismo sarcástico y de sencillez

¹ *Veladas de San Petersburgo*, tomo 1, conversacion sexta.

² *Estudios históricos. Historia de Francia*.

lla elegancia; las otras diez y siete que la siguieron en indeterminadas épocas apuraron el arte de la chocarrería. Venían á ser la buena, la excelente comedia antes de Molière, pero esto no es verdad. «Al atribuir á sus adversarios, dice Mr. Villemain ¹, el «diseño formal y premeditado de corromper la moral, hace una «suposición exagerada.» ¿Quién es, pues, el hombre que, al reprochar á los otros una moral relajada, olvida bastante los primeros deberes de la probidad literaria, para exagerar una hipótesis?

Cada una de sus *Provinciales* encubre una prodigiosa malicia; y sin embargo esta malicia, cuya mordacidad han celebrado los contemporáneos de Pascal, mas habituados que las generaciones siguientes á las sutilezas teológicas, ha perdido para nosotros una gran parte de su sabor primitivo. Cuando aun existían los Jesuitas, algunas mujeres de un gusto mas mundano, y entre otras madama de Grignan, en quien la marquesa de Sevigné encontraba tanto talento, decia: «¡Siempre es la misma cosa! y con «fecha 21 de diciembre de 1689 le reñía su madre por esto mismo².» La monotonía del plan era tambien un defecto capital que no podían rescatar todas las imbecilidades atribuidas al Jesuita interlocutor.

Las *Provinciales* han pasado á ser en la actualidad una obra á la que, como al *Tartufo*, se aplaude en confianza, y que penetra de un fastidio lleno de admiración á cuantos creen deber á sus preocupaciones contra los Jesuitas una lectura atenta de ambas obras; al paso que sus títulos conservarán por mas largo tiempo que su texto la popularidad. Pascal habia mas que colmado las esperanzas del jansenismo. Su tono burlesco, su estilo, que se amoldaba á todas las exigencias, y su implacable causticidad, revelaron á los Padres de la Compañía de Jesús un antagonista superior á cuantos habian encontrado hasta entonces, así como los solitarios de Port-Royal un defensor bastante dócil en sus complacencias para prestarse á todas las supercherías que tratasen de confiarle. Con el objeto de defender al abogado Arnauld, á quien saludaba como á su maestro, y á quien aceptaba como amigo, habia dado á luz Pascal un folleto. Logróse hacerle adular y tener hasta los sentimientos de respeto y afección que le animaban, y del

¹ *Discursos y misceláneas literarias*, por Mr. Villemain, p. 362 (edic. 1823).

² *Cartas de madama de Sevigné*. (Carta 803).

apoyo que prestaba su genio á un hombre que se hallaba comprometido en su reputación, se le hizo pasar al ataque contra aquellos á quienes le representaban sin cesar como sus mas implacables enemigos.

Pascal que, como todos los escritores sepultados en estudios abstractos, no conocia las pasiones humanas, las definía por intuición; y escudriñaba las almas sin haber tenido jamás motivos de estudiar sus inclinaciones. Embriagado por los elogios, se alucinaba con su obra, porque, en rededor suyo se apresuraban todos y cada uno á celebrar en nombre del cielo la sátira que las pérfidas excitaciones inspiraban á su pluma. Lanzado á la palestra en clase de vengador de Port-Royal, no tardó este en abusar del entusiasmo que habia soplado en el corazón del sublime solitario, para emplear los inagotables recursos de su ingenio en mezquinas alianzas de partido. Se le hizo entrar para perderle en el laberinto de las sutilezas acerca de la Gracia, convirtiéndole en instrumento de los odios jansenísticos, facilitando á su genio calumniador por instigación textos enteramente truncados, y mutilados pasajes en los que debia derramar la sal de sus epigramas. Entonces Pascal escribió un libro que, segun el dictámen de Lemontey, hizo mas daño á la Religión que honor á la lengua francesa. «Es, dice el protestante Schœll, mas equitativo en esto que muchos católicos, una obra de partido que atribuye á los «Jesuitas unas opiniones sospechosas, vituperadas hace tanto «tiempo por ellos mismos, y que pone por cuenta de la Sociedad «entera ciertas extravagancias de algunos Padres españoles y flamencos.»

No es nuestro intento poner á Pascal en contradicción con los autores en quienes se apoya; pero, aun cuando no sea mas que por el interés de la historia, hemos debido remontarnos á las fuentes que indica, y averiguar por nosotros mismos algunos de los textos citados por el autor de las *Provinciales*: para ello hemos elegido aquellos de quienes saca las mas terribles consecuencias contra la Sociedad de Jesús; y de los tres que citaremos podrá inducirse la fidelidad de la mayor parte de los otros.

En la sexta *Provincial* establece que los Jesuitas profesan máximas relajadas y adecuadas á todos los estados; y añade: «Han «eximido de simonía lo que efectivamente lo seria segun santo «Tomás, como lo darán á conocer estas palabras de Valencia.»

Redúcense á la conclusion de un largo discurso en que aduce varios expedientes, de los que el mejor en mi concepto es el que se halla en la página 2039 del tomo III, y dice así: «Si se da un bien temporal por otro espiritual, es decir, dinero por un beneficio, dándose aquel como precio de este, es una simonía visible; pero si se da el dinero como el motivo que inclina la voluntad del colator para conferirle, no es simonía, aun cuando el que le confiere mire y considere el dinero como su fin principal.»

En la primera edicion de las *Provinciales*, impresa en 4.º, emplea su autor el verbo *resignar* ó *renunciar* en vez del de *conferir*, como lo prueban estas palabras latinas: *Non tamquam pretium, sed tamquam motivum ad resignandum*. Estas expresiones no se encuentran en la teología del Jesuita Valencia. Es verdad que las quitaron de las ediciones posteriores de las *Provinciales*, por parecerles la impostura demasiado palpable; mas el texto primitivo fue conservado. Nosotros hemos recurrido á la misma obra de Valencia, y nos ha sido imposible encontrar en la página citada por Pascal, ni antes ni después, un solo texto al que puedan aludir las *Provinciales*. Pascal no se ocupa mas que de los beneficios, y Valencia habla en este tercer punto de las funciones ó actos del ministerio eclesiástico, tales como celebrar la misa, rezar el oficio divino, etc. Y se pregunta desde luego si por estos actos se puede admitir dinero sin cometer simonía, y responde que sí.—«Pues de otra manera, añade en esa famosa página 2039 del tomo III, sería preciso condenar el uso universal de la Iglesia, segun el cual los servicios espirituales que prestan los eclesiásticos á los pueblos, se practican á condicion de ciertas retribuciones temporales que sirven para el sosten de los ministros.» En seguida apoyándose en la doctrina de santo Tomás, declara «que la retribucion temporal que se da ó se recibe no debe ser considerada como el precio de lo espiritual, sino solamente como el motivo que conduce á conferirle ó á recibirle.»

Santo Tomás dice efectivamente (2, 2, 100, art. 2.) «que debe reputarse como simoníaco el dar ó recibir alguna cosa como recompensa ó pago de lo espiritual; pero que es permitido el aceptarlo como una retribucion en favor de su necesidad ó sostenimiento.»

Pascal evidentemente se ha engañado ó trató de engañar á costa del P. Valencia. Los textos son mas convincentes que el mas

agudo chiste, y los textos están bien claros y en toda su pureza. Vengamos ahora al P. Bauny, cuya *Suma* ha inmortalizado el *Facistol* de Boileau. Hablando Pascal del mencionado Padre, que sin salir de su sexta *Provincial*, exclama: «Es un gusto el ver á este sabio casuista penetrar en el pro y contra de una misma cuestión concerniente á los sacerdotes, y hallar razones para todo, merced á la sutileza de su ingenio.» Dice en un paraje (en el tratado X, página 474): «No se puede hacer una ley que obligue á los párrocos á decir misa todos los días, porque semejante ley los expondría indudablemente, HAUD DUBIE, al peligro de celebrarla algunas veces en pecado mortal.» Y sin embargo continúa Pascal, en el mismo tratado, pág 441, dice: que «los sacerdotes que han recibido estipendio por decir misa todos los días, deben hacerlo así sin que puedan excusarse con que no están siempre bien preparados para decirla, puesto que siempre pueden hacer un acto de contricion; y en caso de no hacerlo así, será culpa suya, y no del que les ha mandado celebrar el santo sacrificio.»

La contradicción no hay duda que es bien palpable; pero ¿se halla efectivamente en el P. Bauny, como lo afirma Pascal? Hemos hojeado el tratado X de Bauny, hemos visto la página 474 y leemos: «Posevino y otros teólogos han escrito que no podía darse una ley que obligase á celebrar todos los días el santo sacrificio, porque esta ley expondría sin duda alguna al peligro de cometer un pecado mortal á los que no estuviesen bien dispuestos.» Y en la página 441 del mismo tratado hemos leído tambien: «Digo en tercer lugar, que cuando un sacerdote conviene con una persona en celebrar por ella la misa una vez cada año ó cada dia, peca si no cumple este deber por sí ó por otro.» Bauny es aun mas explícito, y declara que si el sacerdote no dice ó manda decir la misa, está obligado á devolver la suma entera á su propio dueño.

Y haciéndose por fin la objecion de que esto sería poner al tal sacerdote en una ocasion casi inevitable de pecar, responde el Jesuita dos cosas: la primera, que *este sacerdote puede en todo tiempo hacer un acto de contricion, que puede á cada instante volver á Dios por la caridad, y por el odio del pecado; y que si no lo hace, culpa suya es y no del otro; la segunda es que no estando obligado á cumplir por sí mismo con este sagrado ministerio, y pudiendo hacerlo por medio de*